



Discurso pronunciado en la inauguración de cursos y colación de grados de 1942

POR EL

Ing. Rodolfo Martínez
Rector de la Universidad

Volvemos de nuevo al trabajo; al trabajo que nos demanda la juventud que viene a esta Casa a aprender y la Nación que nos ha encomendado la tarea superior de enseñar y dirigir a aquélla. Trae una la exigencia de sus aspiraciones, la otra nos determina con la severa responsabilidad de su mandato. Tarea sin término en la continuidad de la enseñanza, mandato de honor que pasa de una generación de maestros a otra para aumentar los prestigios del acervo común.

Trabajo silencioso y digno este de los laboratorios, gabinetes, seminarios e institutos donde ha de irse nutriendo la mente y formando el espíritu, no sólo el de quién asiste a las clases y sigue las investigaciones, sino el del país mismo sobre cuyos destinos ha de proyectarse en el futuro.

Y porque este empeño tiene una prolongación que va más allá de los límites exclusivos de la docencia y porque es fuerza que moldea y construye, asumiendo así parte en el proceso de la historia ya que ésta se forma como a golpes de martillo por el esfuerzo sucesivo de los hombres que pasan preocupados en el bien de la República; cada año nos

trae el imperioso deber de señalar una mejora; ó por lo menos demostrar no haber faltado a la dignidad superior de su servicio.

No es necesaria, pues, sólo la paz de las almas como expresión de estática tranquilidad; en la vida universitaria es necesaria la paz de dinamismo fecundo, como exponente de inquietud científica; como expresión cierta de un deseo continuo de consciente y seria superación.

Podemos decir, para tranquilidad nuestra, que la Universidad en todos los institutos que integran su organismo ha respondido a esta preocupación velando por su nombre y cumpliendo su misión.

No han sido sólo las conferencias de profesores ilustres y maestros afamados que ocuparon su más alta cátedra, cursos de perfeccionamiento y jornadas de especialización, ni representaciones exteriores de profesores de la Casa que llevaron con su ciencia el saludo cordial a otros pueblos de América, en vista de feliz intercambio cultural; no fué sólo la celebración de actos académicos en recordación de fechas históricas a los que asistieran Ministros de la Nación y embajadores de países amigos, y congresos nacionales que tuvieron por asiento a Córdoba y que la Universidad auspició con la palabra de su máxima autoridad; no fué sólo tampoco el envío de profesionales a perfeccionarse en otros centros siempre con la ayuda moral, y muchas veces material, de la Universidad; ni la sanción de ordenanzas que mejoran el régimen de su profesorado, o que perfeccionan sus planes de estudio, o que establecen recompensas de estímulo para los mejores egresados; todo esto y nuevas creaciones que pueden prestar un importante servicio a la asistencia social o que favorecen el campo de la investigación científica, se ha realizado con un tesonero empeño, como si todos los hombres que tienen responsabilidad directiva y docente en esta Casa, y como si todas las

fuerzas que los animan, se hubieran lealmente agrupado a rivalizar en el servicio del proceso sin término de su engrandecimiento.

La Academia de Derecho, fundada como el mayor homenaje a la propia Facultad al cumplir el sesquicentenario del establecimiento de ésta y constituida por maestros que han dignificado la cátedra, será, sin duda, el más alto exponente del pensamiento jurídico de Córdoba y mantendrá la tradición intelectual que le señala un sitio tan destacado en la cultura superior de la República.

El Instituto del Cáncer se ha fundado llenando una necesidad de nuestro medio, pues ha de permitir, en muchos casos, el diagnóstico precoz de la enfermedad, indispensable según la técnica moderna para una terapéutica eficiente.

El Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, que significará incorporar a la Universidad un nuevo género de estudios y que mereciera del Congreso de la Historia una ponencia especial de auspicio a la idea de su creación que expusiera el año pasado y a la que el Consejo Superior ha dado luego sanción definitiva.

Espero que este año podamos ampliar el campo de la investigación de los fenómenos económicos del país, con la creación del Instituto de Comunicaciones y Transportes.

Abrigo, igualmente, la esperanza que se pueda organizar un Instituto de Bellas Artes, que integrará en forma completa la misión de la Universidad.

Córdoba, como medio de estudio, como ambiente de investigación, como exponente de la ciencia médica argentina y por tener valores individuales de señalado nombre, dentro y fuera del país, puede y debe tener una Academia de Medicina. Su fundación constituye una verdadera aspiración de mi espíritu y creo que ella significaría una obra de justicia hacia la Facultad de Medicina y de reconocimiento al incuestionable prestigio de aquélla.

Aspiro a que este año el desenvolvimiento y progreso de la Universidad no sea inferior al del año anterior, que las actividades guarden el mismo ritmo, para lo cual creo he de seguir contando con la colaboración de maestros y alumnos, sin turbarse la paz que ahora nos permite una labor fecunda, pues, como dije al asumir el cargo que ejerzo: "Los nobles blasones de esta venerable casa de estudios, son demasiado respetables para que sus propios hijos la defrauden con desviaciones perturbadoras de su serena y altísima misión cultural".

Iniciamos hoy nuestra tarea al servicio de la enseñanza superior del país, en momentos en que, por la inmensa expansión que ha adquirido, el dolor que azota a la humanidad está golpeando ya nuestras fronteras. América, que parecía destinada a elaborar siempre soluciones de paz basadas en la justicia y desde la cual partieron enseñanzas prácticas de entendimiento, o fórmulas jurídicas de respeto, de convivencia o de libre determinación, está ya envuelta en el cono de sombra que, proyectado sobre la tierra, pareciera anular en los hombres la claridad del espíritu que les permite servir su propio perfeccionamiento bajo la inspiración de principios inmutables, o soñar con la felicidad común elevándose sobre egoísmos, hasta un plano superior de dignificación y de virtudes.

Nos ha tocado vivir uno de los momentos de sacudimientos más hondos que registra la historia humana y, como dice Weber, "tenemos la impresión de que esa corriente, con una velocidad cada vez mayor y hasta vertiginosa, nos está llevando a una nueva existencia; sentimos que nos hallamos en un virage, sin que podamos calibrar exactamente la amplitud y profundidad de ese virage". Escrutamos con ansia en el pasado para aprender sus lecciones y discriminar sus errores; los hechos que fueron no aportan elementos suficientes para afirmar con exactitud cuál será el

formación de las próximas estructuras y cuál el seguro proceso de su dinamismo.

Esto no significa negar al pasado la gravitación severa e innegable sobre el futuro a través del presente, pues ello importaría negar la continuidad de la historia. Y los procesos históricos no son procesos estáticos que se inmovilizan en los paréntesis de los siglos que comprenden, sino que son expresión dinámica de la vida del espíritu siempre en marcha, con una aspiración de ascender constantemente mientras se suceden los hombres en el camino del tiempo.

Pero el instante cruento en que vivimos tiene características diferenciales muy difíciles de asimilar a otras épocas; nunca fué tan extensa la zona abatida por la desgracia, nunca soportaron los pueblos tan directamente los horrores de la lucha, ni las economías se conmovieron tan profundamente, ni los cambios políticos amenazaron verificarse con transformaciones tan hondas; la humanidad entera está en guerra en todas sus tierras, en todos sus sitios, con todos sus elementos, sus heroísmos y sus odios. Es la guerra de las vidas y la guerra de los bienes, es lucha de predominio y lucha de ideales. Todo está hirviendo en el crisol inmenso en que se ha convertido el mundo: la fe que alienta, las normas jurídicas que frenan, los sistemas que estructuran la vida del estado, las libertades que hacen amable la vida y los deberes que la ennoblecen, independencia de pueblos y tiranía de hombres, mientras asoma la pregunta inquietante de lo que ha de resultar luego, al enfriarse el rojo de la lucha: si advendrá una humanidad purificada, como el metal sin escorias, o si por el contrario, modificada en sus virtudes esenciales, quedará como las masas deformes de las experiencias fracasadas.

Considerada así la guerra actual como un problema humano de tan amplios horizontes, no es fácil imaginar cómo podrá nuestro país salvarse, si no del sacrificio presente, de

las derivaciones sociales que serán la consecuencia de aquélla en un futuro no lejano. Si de la guerra anterior, de la cual ésta es quizá el segundo acto del mismo drama, pudo decirse "que lo que estaba herido en el corazón era nada más ni nada menos que la humanidad entera", bien podemos decir de la paz futura que seguirá a la contienda, que afectará a todos los hombres en la organización de su poderío y de sus bienes y en el sentido espiritual de su existencia.

No tendremos fuerzas para gravitar sobre los acontecimientos y dirigirlos, pues éstos serán más universales y más poderosos que la posibilidad individual de las naciones, y las corrientes llegarán con el ímpetu que les marquen la suerte de las armas, el cansancio de los pueblos o las rebeldías que engendre el sufrimiento. Sólo tendremos como apoyo para sortear las situaciones futuras, la dignificación espiritual del ciudadano y la unidad indestructible de la Nación.

Ambos problemas están ligados a la formación moral del hombre, del cual ha de hacerse el ciudadano digno que es el fundamento necesario de la Nación unida.

Quizás en ningún momento, como en el presente, pueda hallarse el sentido tan profundo del pensamiento de Berdaief: "En el destino de la humanidad he de llegar a situar mi propio destino". "Como también he de reconocer en este destino mío un destino histórico". "Sólo así, añade, descubriremos en nosotros mismos algo más que el vacío del aislamiento tan opuesto a la abundancia de la vida histórica universal". Dignificado así el hombre con la conciencia de su propio valer por la significación de su destino, ha de ajustar su conducta a este superior concepto y en sus actividades no podrá prescindir de la responsabilidad que le incumbe en la felicidad común. Llenará el vacío del corazón, nuestro primer vacío, como lo llama Scheler, con un concepto trascendente de su misión en la tierra, su camino será

la vía de "la espiritualización de la vida" y así habrá de moldearse la personalidad que crece, según la expresión de Garrigou Lagrange: "a medida que el alma se eleva por sobre el mundo sensible, y se apega más estrechamente por la inteligencia y por la voluntad a lo que constituye la vida del espíritu".

Dar a las almas la superior jerarquía a que tienen derecho, no es sólo servir un ideal de profundo sentido cristiano, sino que es también proclamar la igual dignidad de los hombres por su esencia espiritual, lo que ha de traducirse en una identidad de derecho ante las leyes y reclamo ferviente de la libertad que es la única que permite asumir la responsabilidad de un histórico destino.

Y esta misión superior de la formación espiritual de los hombres cuyo conjunto constituye el alma de la Nación, no escapa, por cierto, al radio de acción de las universidades. Serio error considero el pensar que dicha formación termina en el ciclo secundario de los estudios y que los superiores sólo tienen la misión de formar el profesional o el investigador sobre el fundamento de una vida del espíritu ya sedimentada.

En nuestro país los jóvenes se incorporan a los estudios universitarios en muchos casos antes de los veinte años; apenas si una inclinación profesional les indica su vocación futura; no existen a esa edad ni convicciones tan firmes ni orientaciones tan seguras, ni cultura general suficiente para que sólo se sumen a sus conocimientos, los que le aporten la facilidad de desarrollar mañana con éxito su actividad profesional o les abran el camino de la investigación fecunda.

M. León Daudet narra una hermosa anécdota en un debate habido en el parlamento de Francia, en el que por la calidad de los oradores, por el sentido admirable de los discursos y hasta por la erudición extraordinaria con que se

abordaran los temas parecía más la discusión de una academia que un debate parlamentario; en él se discutía sobre la enseñanza humanista y la formación de la juventud. "Siendo niño, dice, fui llevado por mi padre a visitar al eminente Charcot y le encontramos leyendo un libro; y al preguntarle mi padre: "¿Qué lee usted ahora?", el sabio le respondió: "Mi querido Daudet: leo un libro que me es de lo más útil para mis lecciones clínicas; este libro son las Odas de Horacio". Y en esa discusión, en la cual el espíritu de Francia marcó la altura que suele distinguirlo y que nos permite afirmar que el mundo no podrá nunca ni olvidar ni prescindir del genio de la latinidad, M. Herriot pronunció estas palabras magníficas: "Un hombre no es verdaderamente libre si no ha recibido una cultura general; el mejor plan de educación para un país es ciertamente aquél que da al individuo el mayor valer personal, asegurando a la Nación el máximo de fuerza y de cohesión".

Por esta cultura general no ha de entenderse sólo la acumulación de conocimientos de distinta índole que puedan llevar a la superficialidad, lo que aleja de la seriedad científica; es por el contrario, la que da un estado espiritual de serenidad y de juicio en el que el saber no es notado y que sirve para dar a las cosas y a los fenómenos la apreciación acertada, la que origina un confortamiento ético siempre en procura de un perfeccionamiento personal; culto, ha escrito con profundidad Max Scheler, "no es quién sabe y conoce muchas modalidades contingentes a las cosas, ni quién puede predecir y dominar con arreglo a las leyes "un máximo de sucesos", el primero es el erudito, el segundo es el investigador; sino quién posee una estructura personal, un conjunto de móviles esquemas ideales que, apoyados unos en otros, constituyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y

el tratamiento del mundo y de cualesquiera de las cosas contingentes con el mundo”.

Si el desarrollo del ser humano puede realizarse en dos sentidos, como dice Maritain, en el sentido de la individualidad material o en el sentido de la personalidad espiritual, yo pienso que la verdadera cultura ha de tener una fuerte inclinación hacia este último sentido.

Fomentar, pues, en la juventud el desarrollo de su personalidad que ha de obtenerse como se ha dicho: “en cuanto a la vida de la razón y de la libertad domine a la de los sentidos y de las pasiones”, significa crear la gran reserva en las clases directoras del país, con aptitud para afrontar con un sentido de justicia las transformaciones que, como un saldo del presente, nos depare la perspectiva incierta del porvenir.

Si estos conceptos se generalizan y difunden con el ejemplo de las clases más cultas a las menos ilustradas, si un mejoramiento personal se obtiene en el espíritu de los ciudadanos, más seguros podremos estar de que no habrá de conmovirse la estructura orgánica de la Nación.

Se defenderá, entonces, la libertad porque es ella base de la responsabilidad y es la que coloca en la superior jerarquía al hombre en la creación y lo diferencia de las otras fuerzas y seres de la naturaleza; se aceptará el acondicionamiento de aquélla a las exigencias de otros hombres igualmente responsables e igualmente libres y en homenaje a la Patria que encarna el espíritu de los que fueron, la realidad de los que son y su prolongación necesaria en los que vendrán.

Podrá mirarse, entonces, también con mayor comprensión los cambios que pueda exigir la grave experimentación a que el mundo asiste y sin el apego a las formas que muchas veces enmascara realidades distintas, podrá mantenerse lo que hay de sustancial en nuestra organización, la que

tiene profundas raíces en la historia y fué consagrada como fruto de la experiencia no exenta de sacrificios, de dolores y de sombras.

Se evitará a la juventud caer en los casos de conmoción en el frecuente error apuntado por Andrés Maurois, "sostener a los profetas que proponiéndole objetivos simples, le ofrecen grandes e ingenuas esperanzas".

No olvidemos que los pueblos rinden culto a sus héroes como expresión de las virtudes de su raza, pero la gravitación de aquéllos en los destinos de la humanidad se debe a los pensadores que señalan las grandes rutas, que alumbran el futuro, determinando el camino que ha de seguirse, hasta que nuevas concepciones cambian la orientación de la marcha. La fuerza no será nunca la solución necesaria y eterna de los problemas humanos; Grecia hace ya tiempo que dejó de ser potencia de primera magnitud, pero el pensamiento de sus filósofos seguirá ayudando al hombre a discurrir sobre su propia esencia, y Homero seguirá vibrando en todas las almas; la figura de Héctor —se ha dicho— trazada con líneas arcaicas sobre el crepúsculo matutino, es la imagen profética del primer caballero y el relato del fin de Troya, añade Chesterton, no terminará jamás; vivientes ecos, eternos como nuestra desesperación y como nuestra esperanza, la prolongará indefinidamente. En pié hubiera permanecido obscura; pero su caída ha sido suspensa por un soplo de fuego que la fijó para siempre en el inmortal instante de su aniquilamiento.

Pero no ha de pensarse que estas ideas signifiquen no dar a la técnica, hoy triunfante, toda la importancia que ella tiene; por el contrario, pienso que el mundo actual está por sobre todas las cosas en este momento consagrado al progreso de aquélla y que un país joven como el nuestro y en el cual hay tanto por hacerse, el sitio para la ingeniería industrial es muy extenso, y que el porvenir de nuestras Facultades es grande, como es muy grande la responsabilidad de ellas

con la Nación. Mi preocupación a ese respecto ha podido comprobarse con la obtención de subsidios especiales para los laboratorios de nuestra Facultad de Ingeniería, los que he de procurar se mantengan e incorporen al presupuesto universitario en forma definitiva.

No puede dejar de percibirse, hoy más que nunca, que el desarrollo económico de las naciones es factor indispensable para su grandeza; la fuerza expansiva de sus industrias tiene una gravitación innegable sobre la influencia que pueda ejercerse sobre otras colectividades y otros pueblos, el bienestar material representa una posibilidad grande para el desenvolvimiento del progreso. En la vida compleja de una nación no pueden descuidarse estos múltiples aspectos que tienen un sentido de realidad que se hace hoy presente en forma impresionante. Estimular, pues, en la juventud este género de estudios y orientación de vida, es trabajar por la Nación, haciendo que los hombres que han de servirla sean elementos útiles, capaces de acelerar la marcha de su porvenir promisorio.

Los problemas económicos no pueden, tampoco, desvincularse de los de la vida social y éstos y aquéllos se entrelazan con los que la política va marcando en cada nación, como expresión de su vida y de su historia.

Es por esta razón, que aunque los fenómenos económicos sean universales y sus modalidades de solución encuentren expresión científica que los estudian, o fórmulas prácticas que los resuelvan, éstas no son aceptables, muchas veces, para los pueblos de modalidades, costumbres, razas, o espíritus diferentes. Y como no ha de tocarnos, como he dicho, ser fuerza directiva que marque rumbos en el momento presente, en la orientación general de los problemas del mundo, fuerza indispensable ha de sernos el tener un arraigado y profundo sentido nacional, guiado por una cultura superior y fortalecido por un trabajo dignificado, que nos permita establecer la jerarquía de los valores que no es contraria a la igualdad

esencial y que es necesaria para obtener en beneficio de la Patria la mejor eficiencia en el empeño fecundo por sus mejores destinos.

Ninguna de las dos corrientes de mando contrapuestas que señala Alfredo Weber; ni el gobierno de las masas, peligroso por la irresponsabilidad de sus determinaciones, ni el de la élite creado por la fuerza o por la selección sin intervención de aquéllas. Por el contrario, dirección superior de valores intelectuales y morales asentidos y auspiciados por las grandes corrientes de opinión que tienen la responsabilidad en los graves momentos que vivimos, de fortalecer con sus aciertos la fé en la estructura democrática de nuestra organización histórica.

Señores premiados:

Una resolución del H. Consejo Superior os ha permitido recoger como recompensa de vuestros afanes, la señalada distinción que en este acto debo entregaros.

En esta etapa de vuestra jornada que hoy termina, habéis llegado a la cumbre escalando los primeros la altura a la que os encaminó vuestra vocación y vuestro empeño. Las asperezas y el cansancio de la marcha sólo sirven para que respiréis más plenamente y sintáis cómo el éxito que tiene en las mentes juveniles presagios de gloria, no sólo da la noble satisfacción de saberlo fruto de vuestros desvelos, sino la certeza de que llega también la plenitud de la luz para el amanecer inconstante y siempre incierto de la vida estudiantil.

Pocas veces tendréis en vuestro andar afanoso un momento de más noble alegría; triunfásteis sin la lucha dura, que en la existencia os hará muchas veces avanzar entre el clamor de los que os aplaudan y el sordo rezongo de los vencidos. Aquí todos sois vencedores: los que recibiréis la medalla simbólica en la que ha de unirse para siempre el escudo de la casa centenaria y el nombre vuestro, —expresión de en-



sueño y juventud— y vuestros compañeros que participan del éxito con esa noble hidalguía con que se sienten hermanas en la emoción las almas que no han sentido aún el bautismo doloroso de los desengaños.

Contraéis también con vosotros mismos la obligación de no desmerecer en vuestra conducta. No he de poner una nota de pesimismo en este instante, pero cumple a mi deber deciros, que en la marcha no se asciende siempre, sólo no se retrocede en los años y en la hombría de bien cuando se persevera.

Lejos o cerca de esta Casa sé que está vuestro hogar encendido de luces y alegrías y allí, joven o anciana, estará inquieta el ser que os miró siempre con orgullo; sus lágrimas de hoy tienen sentido de recompensa y poder de bendición.

Y aunque faltara, no dudéis que, sin embargo, estará a vuestro lado, porque el espíritu de las madres sabe siempre volver a la tierra al lado de sus hijos, cuando sufren o cuando triunfan.

Señores estudiantes:

Yo sé que cuando se habla a la juventud, es muy grato desplegar la bandera de los entusiasmos y afirmar las seguridades que ésta ofrece para el porvenir. No ignoro que hay palabras que suenan a clarinada, sobre todo cuando se refieren a misiones trascendentes o a derechos respetables.

Pero sé también que la mayor responsabilidad de esta cátedra máxima es el recuerdo necesario de los deberes ineludibles.

Comprendo igualmente que el mayor homenaje que puedo rendir a la dignidad de vuestro espíritu, es el haceros presente las obligaciones que nacen de vuestra condición y de vuestro trabajo.

En cada uno de vosotros hay la posibilidad cierta de un

futuro maestro o investigador y la realidad inexcusable de un hombre en formación.

Ambas cosas seréis no sólo por la acción de vuestros maestros; a ambos destinos está ligado el empeño de vuestra inteligencia y la fortaleza de vuestra voluntad.

Aspirar a la gloria es esfuerzo que merece todo aliento; nada más halagador que sentirse un posible modelo de aquellos que son capaces de "atraer hacia lo alto la inercia de la muchedumbre". Pero si el destino os lleva al terreno de lo mediano, no desesperéis por ello; Ortega y Gasset ha escrito con sabiduría: "lo decisivo en la historia de un pueblo es el hombre medio. De lo que él sea depende el tono del cuerpo nacional".

Estudiad, recordando la magnífica expresión de Avelaneda: "Alma que encuentra en sí misma un alimento fecundada por la ciencia, se hace digna de ser visitada por la inspiración, que es la sonrisa y la gracia de Dios".

Ha de ser sin mancha la luz del alma que viste de azul la montaña lejana y tiñe con suave resplandor los senderos del valle; ha de ser fecundo el medio día, cuando florecen los buenos deseos y se cortan los frutos en sazón; así podrá también ser agradable el ocaso, sin ausencia de merecimientos y orfandad de respetos.

Y que maestros y estudiantes sepamos estar en el cumplimiento a la altura de nuestros deberes, para que la Patria, en quién todos creemos, pueda también creer en nosotros.

Declaro inaugurados los cursos de 1942.